

### Selección de textos para Tema XIII:

1. Las ideas políticas del PLUTARCO maduro fueron recogidas por un discípulo:

“Hay que tener presente que la actividad política no consiste puramente en ejercer magistraturas, ser embajador, vociferar en la Asamblea y agitarse en la tribuna perorando o redactando decretos, todo lo que el vulgo cree que es hacer política, como cree que filosofan los que discuten desde la cátedra y explican cursos enfrascados en los libros: la política y la filosofía continuas, que se manifiestan diariamente en obras y en actos, le son ajenas... El que realmente se interesa por el bien común y ama a sus semejantes, patriota, solícito y de espíritu civil, aunque jamás revista la clámide, siempre es político, por el hecho de impulsar a los capaces, dar la mano a quienes lo han menester, asistir a los que deliberan, disuadir la de los malévolos, sostener el esfuerzo de los bien intencionados, dar a conocer claramente que toma parte en los negocios de la república, no de paso o porque determinado interés o una convocatoria le llevan, por su preeminencia, a la junta o al senado, pero en realidad yendo a aquélla o a éste, si se decide a ir, por mero pasatiempo, como a un espectáculo o a un concierto, antes bien, aunque no asista personalmente, por el hecho de estar allí con su pensamiento y seguir lo que allí se hace, adhiriéndose a unas cosas y desaprobando otras”<sup>1</sup>.

2. Tomando como punto de referencia las hazañas de Alejandro Magno, Plutarco trató de justificar el imperialismo romano en su obra *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*. En ella reflejaba las ventajas que supuso para los territorios conquistados la llegada de Alejandro, pasando de ser unas tierras salvajes y caóticas a constituir unas ciudades pacíficas y desarrolladas en consonancia con el espíritu de la Pax Romana:

“Y si te fijas en la pedagogía de Alejandro, educó a los hircanos en el respeto al matrimonio, enseñó a los aracosios a cultivar la tierra y persuadió a los sogdianos a cuidar de sus padres y no matarlos y a los persas a respetar a sus madres pero no a casarse con ellas. Maravillosa filosofía por la que los indios adoran a las divinidades griegas y los escitas entierran a sus muertos en lugar de devorarlos (...) Cuando Alejandro civilizaba Asia, se leía a Homero, y los niños de Persia, de Susa y de Gedrosia cantaban las tragedias de Sófocles y Eurípides. Sócrates fue condenado ante los atenienses por los sicofantas porque introducía divinidades extranjeras. A través de Alejandro, en cambio, Bactria y el Cáucaso adoraron a las divinidades griegas. Platón, en efecto, escribió sobre un gobierno ideal pero no convenció a nadie para ponerlo en práctica por su severidad. Alejandro, en cambio, fundó más de sesenta ciudades en pueblos bárbaros y sembró Asia de magistraturas griegas y se impuso así sobre su modo de vivir salvaje e incivilizado. Pocos leemos las Leyes de Platón pero muchos hombres hicieron uso y aún lo hacen de las de Alejandro. Los que fueron conquistados por Alejandro son más felices que quienes escaparon a su mano. Pues nadie puso fin a las desdichas en que éstos vivían, en tanto que el vencedor llevó a aquéllos a una vida de felicidad (...) Con estas fundaciones extinguió lo salvaje y lo peor se habituó a lo mejor y cambió de signo. Pues bien, si los filósofos se jactan de cambiar y suavizar costumbres duras y carentes de instrucción, y Alejandro parece que ha cambiado

<sup>1</sup> Texto apócrifo citado por Carles Riba en el Prólogo a la obra de Plutarco *Alejandro y César (Vidas paralelas)*. BBS, Estella, 1982, pp. 13-14.

muchísimos pueblos de naturaleza salvaje, puede considerársele con toda razón un gran filósofo.

De cierto, la muy admirada República de Zenón, fundador de la secta estoica, se resume en este único principio: que no vivamos separados en comunidades y ciudades diferenciados por leyes de justicia particulares, sino que consideremos a todos los hombres ciudadanos de una misma comunidad y que haya una única vida y un único orden para todos como un rebaño que se cría y padece unido bajo una ley común. Esto lo escribió Zenón como si modelara un sueño o una imagen de un gobierno y de una buena constitución filosófica; pero Alejandro, en cambio, suministró a la palabra la acción. Pues no trató a los griegos como caudillo y a los bárbaros despóticamente, como Aristóteles le había aconsejado, ni se preocupó de los primeros como amigos y parientes ni se comportó con los otros como si fueran animales o plantas, pues esto habría llenado su gobierno de muchas guerras, destierros y de enconadas sediciones. Por el contrario, se consideraba enviado por la divinidad como gobernador común y árbitro de todos y a quienes no anexionaba por la palabra lo hacía con las armas por la fuerza con el fin de reunir los elementos diseminados en un mismo cuerpo, como mezclando en una amorosa copa las vidas, los caracteres, los matrimonios y las formas de vivir. Ordenó que todos consideraran al mundo su patria, al ejército su fortaleza y protección, parientes a los buenos y extraños a los malos. Y que el griego y el bárbaro no se diferenciaran por la clámide y el escudo ni por la daga y el caftán sino que el griego se señalara por su virtud y el bárbaro por su maldad. Y que consideraran comunes el vestido, la alimentación, el matrimonio y las formas de vida y que se mezclaran por la sangre y los hijos (...)

Atendiendo a este orden de cosas, Alejandro, (...) como filósofo, adoptaba una cierta indiferencia, pero como soberano común y rey humanitario se atrajo la benevolencia de los pueblos conquistados por el respeto a su vestimenta para que continuaran amando firmemente a los macedonios como gobernantes y no los odiaran como enemigos (...) Pero si un gran rey al domar y apaciguar a pueblos irreflexivos y guerreros como animales, los calmó y los contuvo gracias a formas de vida que eran habituales y a modos de vestir familiares conciliando así su descontento y consolando su tristeza, ¿se le pueden censurar? (...) No recorrió el Asia a modo de bandido ni estaba en su mente saquearla y arrasarla cual presa y botín de una inesperada buena fortuna, como hizo después Aníbal al invadir Italia y antes los treses al pasar por Jonia y los escitas por Media. Alejandro quería que toda la tierra estuviera sometida a una única razón y a un único gobierno y que todos los hombres se revelaran como un único pueblo, y así se formó él mismo. Y si la divinidad, que envió su alma aquí, no le hubiera reclamado tan deprisa, una única ley regiría a todos los hombres y todos mirarían a una única justicia como a una luz común. Pero ahora una parte de la tierra, la que no conoció a Alejandro, permanece sin luz del sol<sup>2</sup>.

3. San Pablo escribió a la comunidad cristiana de Roma, entre los años 54-59, cuando aún gozaba de libertad. Entre sus recomendaciones les instaba a acatar la autoridad del emperador y demás autoridades civiles:

---

<sup>2</sup> Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, I 5-8. Trad. de M. López Salvá. BC Gredos, Madrid, 1989.

“Que toda persona esté sujeta a las autoridades que gobiernan, porque no hay autoridad que no venga de Dios: las que existen han sido constituidas por Dios. Así pues, quien se rebela contra la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se ganan su propia condena. Pues los gobernantes no han de ser temidos cuando se hace el bien, sino cuando se hace el mal. ¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Haz el bien, y recibirás su alabanza, porque está al servicio de Dios para tu bien. Pero si obras el mal, teme, pues no en vano lleva la espada; porque está al servicio de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal. Por tanto, es necesario estar sujeto no sólo por temor al castigo, sino también por motivos de conciencia. Por esta razón les pagáis también los tributos; porque son ministros de Dios, dedicados precisamente a esta función. Dadle a cada uno lo que se le debe: a quien tributo, tributo; a quien impuestos, impuestos; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor”<sup>3</sup>.

4. Tras años de crisis e incertidumbre, Antonino Pío consiguió devolver la estabilidad a Roma bajo su buen gobierno. Elio Arístides (129-189) alaba en su discurso ante el emperador en el año 143 su buen hacer:

“Ciertamente, el arte del gobierno, que se había escapado con anterioridad a todos los hombres, por así decirlo, fue reservado para vosotros solos, para que lo descubrierais y lo pusierais en práctica. Y no es maravilla. Pues como en otras actividades las respectivas artes surgen vinculadas con los materiales, así, cuando el mayor imperio y el poder superior se constituyeron, entonces, sobre esta circunstancia, también el arte se compuso y se introdujo a la vez, y ambos se fortalecieron, el uno por el otro. Como consecuencia del tamaño del Imperio forzosamente también nació la experiencia, y a su vez, a consecuencia del conocimiento del arte del gobierno, el Imperio creció de manera justa y conveniente. Y esto, de entre todo, es lo que merece mayor atención y admiración de vuestra organización política, la grandeza de la empresa, pues nada se le parece. Después de haber dividido en dos partes a todos aquellos que están en el Imperio -y al decir esto me refiero a toda la ecúmene- por una parte a todo aquel que fuese muy elegante, linajudo y poderoso en cualquier parte, lo hicisteis ciudadano y hasta vuestro congénere, mientras que el resto quedó como súbdito y gobernado. Y ni el mar ni toda la tierra que se interponga impiden obtener la ciudadanía, y aquí no hay distinción entre Asia y Europa. Todo está abierto para todos. Nadie que sea digno de una magistratura o de confianza es extranjero, sino que se ha establecido una democracia común a la tierra bajo el dominio de un solo hombre, el mejor gobernante y regidor; todos se reúnen aquí como si fuera en el ágora común, cada uno para procurarse lo debido. Lo que una ciudad es para sus propias fronteras y territorios, eso es esta ciudad para toda la ecúmene, como si se presentase como el núcleo urbano común a todo el territorio. Podrías decir que todos los periecos o los otros que habitan los demás lugares, distribuidos en demos, se reúnen en esta misma y única acrópolis. Esta nunca ha repudiado a nadie sino que, como el suelo fértil de la tierra mantiene a todos los hombres, así esta ciudad recibe a los hombres de toda la tierra, como el mar recibe a los ríos. Pero también esto otro lo tiene en común con el mar: pues ni aquél llega a ser más grande por las aportaciones de los ríos, como si se hubiese dispuesto por el hado que el mar siempre tuviese la misma magnitud aunque los ríos vertiesen en él, ni tampoco en ésta es visible ningún cambio en su tamaño. Como los ríos son recibidos en los golfos,

<sup>3</sup> AA.VV., *Sagrada Biblia. Nuevo Testamento. Carta a los Romanos*, cap. 13, 1-7. Eunsa, Pamplona, 2004, pp. 948-949.

la ciudad ocultándolo contiene así todo, de manera que parece que siempre es la misma a pesar de las llegadas y las partidas.

Que se me permita hacer esta digresión ya que lo ha dispuesto así el desarrollo del discurso. Como dije, siendo vosotros grandes, calculasteis la ciudad de grandes dimensiones, y la hicisteis maravillosa no porque la glorificaseis gracias a que no la habéis compartido con nadie de ningún otro pueblo, sino porque buscasteis una población digna de ella y convertisteis el ser romano, no en ser miembro de una ciudad, sino en el nombre de un cierto linaje común, pero no de un linaje cualquiera de entre todos, sino en el contrapeso de todos los restantes. Pues no separáis ahora las razas entre helenas y bárbaras, ni les habéis presentado una división ridícula al construir una ciudad más populosa que toda la estirpe helénica, por así decirlo, sino que las habéis dividido en romanos y no romanos: hasta tal grado habéis llevado el nombre de la ciudad. Establecida así la división, muchos, en sus respectivas ciudades, son ciudadanos vuestros no menos que de sus congéneres, aunque algunos de ellos no hayan visto jamás la ciudad de Roma. Y no hay ninguna necesidad de guarniciones que ocupen las acrópolis, sino que las personas más importantes y poderosas de cada ciudad guardan sus respectivas patrias en vuestro nombre. Y ocupáis las ciudades de doble manera, desde aquí, la capital, y por medio de vuestros conciudadanos en cada una de ellas. Ninguna envidia pone su pie en el Imperio, pues vosotros mismos sois los primeros en no sentir envidia, porque lo habéis puesto todo a disposición de todos y habéis permitido que los poderosos no sean gobernados más que lo que ellos gobiernan por turno. Además, ciertamente, tampoco existe odio en los que se han quedado fuera. Pues gracias a que la constitución es común y semejante a la de una única ciudad, naturalmente los gobernantes gobiernan no como sobre extranjeros sino como sobre compatriotas<sup>4</sup>.

##### 5. Asesinato de Cómodo:

“Llegó pues esta época de fiestas en las que los romanos se dedican de manera especial unos a otros y se saludan y se complacen en intercambiar regalos y compartir los bienes de la tierra y del mar. Esta es también la primera ocasión en que los magistrados epónimos se ponen su ilustre y solemne toga purpúrea. Cómodo determinó presentarse en esta fiesta de todos no desde el palacio imperial, según era costumbre, sino desde la escuela de gladiadores, y en lugar de vestirse con la toga imperial bordada de púrpura, decidió aparecer ante los romanos con las armas de gladiador y acompañado por una escolta de gladiadores.

Comunicó su propósito a Marcia, su cortesana favorita, que en nada se diferenciaba de una esposa legítima sino que recibía todos los honores debidos a la emperatriz salvo el de la llama sagrada. Tan pronto como ella se enteró de una determinación tan absurda e indigna se puso a suplicarle insistentemente y, arrojándose a sus pies con lágrimas en sus ojos, le pedía que no deshonrara el imperio romano ni se pusiera en peligro confiándose a gladiadores y a hombres desesperados. Después de mucho suplicar sin conseguir nada, se retiró llorando. Cómodo envió a buscar a Leto, el prefecto del pretorio, y a Eclecto, el chambelán, y les ordenó que hicieran los preparativos para pernoctar en la escuela de gladiadores a fin de salir desde allí en procesión para la

---

<sup>4</sup> Elio Arístides, *Discurso a Roma*, 58-65, traducción de J. M. Cortés, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1997. Nacido en Mysia, fue uno de los mejores oradores de la Segunda Sofística. Aunque estableció su residencia en Esmirna, viajó por todo el mundo civilizado.

celebración de los sacrificios y aparecer armado ante el pueblo de Roma. Ellos, con insistentes súplicas, le intentaron disuadir de una acción indigna de un emperador. Cómodo, enfurecido, despidió a los dos hombres y se retiró a su habitación como si fuera a dormir su acostumbrada siesta del mediodía. Pero cogió una tablilla -una de aquellas de madera de tilo cortada en láminas delgadas que se cierran por ambos lados doblándose una hoja sobre otra- y escribió los nombres de quienes debían ser ejecutados aquella noche. La primera de la lista era Marcia y seguían Leto y Eclecto, y a continuación un gran número de los líderes del senado. Quería desembarazarse de todos los viejos consejeros de su padre que quedaban, puesto que le incomodaba tener aquellos respetables testigos de sus actos vergonzosos. Tenía la intención de ser generoso con los bienes de los ricos repartiéndolos entre los soldados y los gladiadores, unos para que le protegieran y otros para que le distrajeran. Después de escribir la tablilla la dejó encima del lecho pensando que nadie entraría en la habitación. Pero había un pequeño paje, uno de aquellos niños que sin ningún vestido van ataviados con oro y piedras preciosas, con los que los libertinos romanos siempre se complacen. Cómodo lo amaba tanto que dormía con él a menudo. Le llamaban Filocómodo, nombre que reflejaba la inclinación del emperador por el niño. En aquella ocasión, mientras Cómodo estaba ocupado en su habitual baño y en beber unas copas, el niño, simplemente por juego, entró en la habitación como solía, cogió la tablilla puesta sobre el lecho, evidentemente sin otra intención que jugar con ella, y salió del aposento. El destino quiso que se topara con Marcia. Ella, que también amaba al niño, entre abrazos y besos le quitó la tablilla porque temía que, sin darse cuenta mientras jugaba inocentemente, destruyera algo de importancia. Pero cuando reconoció la letra de Cómodo, aumentó su curiosidad por leer el escrito. Y tan pronto como descubrió que contenía una orden de ejecución y que ella iba a morir en primer lugar, seguida de Leto y de Eclecto, y que otros iban a tener la misma muerte, se puso a gemir diciendo para sus adentros: "¡Bien, Cómodo! ¡Esta es tu gratitud por mi afecto y amor frente a tu arrogancia y a tus borracheras, que he soportado durante tantos años! ¡Pero tú, borracho, no vas a librarte de una mujer sobria!". Dichas estas palabras, envió a buscar a Eclecto, que la visitaba normalmente en su calidad de chambelán, aunque también había quien la acusaba de entenderse con él. Entregándole la tablilla le dijo: "¡Mira qué fiesta vamos a celebrar esta noche!". El estupor se fue apoderando de Eclecto mientras leía. Como egipcio era un hombre bien dispuesto para actuar con resolución y según los dictados de su corazón. Selló la tablilla y la envió a Leto por medio de un hombre de confianza para que la leyera. También éste, espantado, fue a ver a Marcia con el pretexto de examinar con ella y con Eclecto las órdenes del emperador en lo relativo al traslado a la escuela de gladiadores. Fingiendo que se ocupaban de los asuntos del emperador, acordaron anticiparse en la acción antes de sufrir las consecuencias, y que no era tiempo de demora o vacilación. Decidieron, pues, dar a Cómodo un veneno, que Marcia se comprometió a administrárselo sin dificultad. Pues tenía la costumbre de mezclar ella misma el vino y de ofrecer al emperador la primera copa para que tuviera el placer de beberla de manos de su amada. Al volver Cómodo del baño Marcia puso el veneno en la copa, mezclándolo con un vino aromático y le ofreció la bebida. Él, como copa de amor que habitualmente le brindaba Marcia después de sus frecuentes baños y combates con los animales, sediento, la bebió sin darse cuenta. Al punto le sobrevino un sopor que le forzó a dormir y, pensando que esto le ocurría a causa del cansancio, se acostó. Eclecto y Marcia, con el pretexto de dejar descansar al emperador, ordenaron a todos que se retiraran y fueran a sus asuntos. Casos como éste le ocurrían a Cómodo a menudo a causa de la embriaguez. Pues, aunque sus baños y comidas eran frecuentes, limitaba el

tiempo destinado al descanso para entregarse sin interrupción a un sinnúmero de placeres, de los cuales era esclavo empedernido a cualquier hora.

Durante un rato permaneció tranquilo, pero cuando el veneno afectó al estómago e intestinos, se apoderó de él un mareo seguido de una vomitona, bien porque la comida y abundante bebida ingeridas antes rechazaban el veneno, bien por haber tomado previamente un antídoto, como suelen tomar los emperadores siempre antes de cada comida. Pero, ante aquella vomitona, Marcia y los otros, temiendo que arrojara todo el veneno y que se recuperara y fuera la ruina de todos, persuadieron con promesas de generosas recompensas a un tal Narciso, joven decidido y fuerte, para que se acercara a Cómodo y lo estrangulara. Él irrumpió en habitación del emperador, que estaba abatido por el veneno y el vino, y le apretó el cuello hasta matarlo. Este fue el fin de Cómodo después de trece años de gobierno tras la muerte de su padre. De más noble cuna que los emperadores que le precedieron, aventajaba a los hombres de su tiempo por su agradable apariencia y las adecuadas proporciones de su físico, y, si hay que referirse a sus cualidades de varón, diremos que no fue inferior a nadie en puntería y destreza. Sin embargo, deshonró las dotes que la fortuna le había deparado con una conducta vergonzosa, tal como antes se ha relatado”<sup>5</sup>.

6. Extracto de la carta del emperador M. Opelio Severo Macrino<sup>6</sup> al Senado en la que se ponen de manifiesto los cambios acaecidos en Roma y que afectaron a la visión política:

“Hemos puesto fin a la guerra contra los partos, una guerra muy grave por la que todo el imperio romano estaba agitado. Lo hemos logrado, por una parte, combatiendo valerosamente sin sufrir la más mínima derrota, y, por otra, pactando con un gran rey, que nos atacaba con un numeroso ejército, y haciendo un leal amigo de un enemigo difícil de someter. Mientras yo tenga el poder, todo el mundo vivirá sin temor y no habrá derramamientos de sangre; más que un gobierno personal será el de una aristocracia. Y que nadie me desdeñe, ni consideréis un error de la fortuna el hecho de que yo, un miembro del orden ecuestre, haya alcanzado esta dignidad. Pues, ¿de qué sirve una noble cuna, si no la acompaña una naturaleza íntegra y humanitaria? Los dones de la fortuna alcanzan incluso a quienes no los merecen, pero la virtud del corazón humano otorga a cada persona una fama propia. La nobleza y la riqueza y otros bienes semejantes son objeto de envidia pero no de elogio, porque se han recibido de otra persona, mientras que la moderación y la honradez, a la vez que son objeto de admiración, son motivo de elogio para el hombre de recta conducta. ¿En qué os benefició, pongamos por caso, la noble cuna de Cómodo o el hecho de que Antonino sucediera a su padre? Hombres como éstos toman posesión del imperio como si se tratara de una herencia debida, y la derrochan de forma insultante como si fuera una propiedad privada que hubieran heredado de su familia. Por el contrario, quienes lo reciben de vosotros están siempre en deuda de un favor e intentan corresponder a los beneficios recibidos. Además la nobleza de cuna de los emperadores patricios degenera en orgullo por desprecio a sus súbditos a quienes consideran muy inferiores; pero quienes han llegado al imperio desde una condición modesta lo tratan con cuidado como algo adquirido con esfuerzo, y siguen respetando y honrando, como era su costumbre, a

<sup>5</sup> Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, I 15-17, traducción de J.J. Torres, BC Gredos, Madrid, 1985. En esta obra, Herodiano narra la historia de las vicisitudes de Roma desde la muerte de Marco Aurelio hasta el 238, en que accede al trono Gordiano III.

<sup>6</sup> Sucedió a Caracalla a pesar de ser un simple soldado de procedencia mauritana. Fue emperador tan sólo durante los años 217-218.

quienes antes eran más poderosos. Mi intención es no hacer nada sin vuestro consentimiento y contar con vosotros como colaboradores y consejeros en la administración del estado, Vosotros viviréis en una situación de seguridad y libertad, de la que fuisteis privados por emperadores patricios, pero que intentaron restablecer primero Marco y después Pértinax, llegados ambos al imperio desde una cuna corriente. Mejor es, sin duda, ser para la descendencia el ilustre fundador de una familia que recibir en herencia la gloria de los antepasados y deshonrarla con una conducta indigna”<sup>7</sup>.

7. Entre las *Máximas* de Epicteto no falta la distinción entre verdad y opinión, y la pereza del ser humano a la hora de justificar sus propias opiniones:

“3. No hay hombre alguno que, de manera natural, no posea cierta noción del bien y del mal, de lo honrado y de lo infame, de lo justo y de lo injusto, de la felicidad y de la desgracia, del cumplimiento de los deberes y de los males de la negligencia. ¿Cómo puede ser entonces que nos equivoquemos tan frecuentemente al juzgar hechos aislados relativos a estas cuestiones? Pues, sencillamente, porque aplicamos mal nuestras nociones comunes y solemos juzgar por juicios mal establecidos; es decir, por prejuicios. Lo bello, lo malo, lo justo, lo injusto, son palabras que todo el mundo emplea indistintamente sin haber aprendido el modo de emplearlas con razón y equidad. De ello nacen las disputas, las riñas y hasta las guerras. Yo digo: esto es justo. Otro replica: es injusto. ¿Cómo ponernos de acuerdo? ¿Qué regla seguir para juzgar con certeza? ¿Bastará la opinión para guiarnos? No, puesto que somos dos y sustentamos opiniones opuestas. Por otra parte, ¿cómo puede la opinión ser juez seguro? ¿Acaso los locos no tienen también su opinión? Y, no obstante, es necesario que exista una ley para conocer la verdad, porque no es posible que los dioses hayan dejado a los hombres en completa ignorancia de lo que deben hacer para regirse. Busquemos, pues, esta regla que ha de librarnos de caer en el error y curar la temeridad y la locura de la opinión. Esta regla consiste en aplicar a la especie los caracteres que se conceden al género, a fin de que, conocidos y aceptados estos caracteres por todos los hombres, nos sirvan para enderezar los prejuicios que hayamos formado sobre cada caso concreto; por ejemplo, una vez formada la idea del bien, tratamos de saber si la voluptuosidad es un bien; para ello no hay más que examinarla del modo expuesto; sopesarla en esta balanza. Yo la peso con los caracteres del bien que son mis pesas, y si la encuentro ingrátida, la rechazo porque el bien es una cosa muy sólida y de gran peso”<sup>8</sup>.

“2. ¡Qué no hará un banquero para examinar el dinero que le dan! Afina todos sus sentidos: la vista, el tacto, el oído, todos. Y no contento con hacer sonar la moneda una o dos veces, a fuerza de estudiar sus sonidos se vuelve casi músico. Pues bien: todos somos banqueros en aquello que nos interesa; con el fin de no ser engañados, no hay atención ni aplicación que no pongamos en juego. Pero si se trata de nuestra razón, de examinar nuestros juicios y opiniones con objeto de evitar que nos engañen, entonces nos volvemos perezosos y descuidados como si esto no nos interesara; y es que no sabemos apreciar los daños que semejante descuido nos causa”<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, V 1, traducción de J.J. Torres, BC Gredos, Madrid, 1985

<sup>8</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el conocimiento de uno mismo, 3.

<sup>9</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el propio perfeccionamiento, 2.

“10. Sólo deseas vivir en palacios suntuosos, rodearte de servidumbre, ataviarte con magnificencia, poseer espléndidos carros, caballos magníficos y lujosos perros de caza, rodearte de comediantes y músicos. Pero ¿crees que envidia algo de todo ello? Por el contrario ¿has cultivado, acaso, tu entendimiento? ¿Te has preocupado de adquirir juicios y opiniones sanas? ¿Te has interesado jamás por la verdad? Y si nada de esto has hecho, ¿por qué te enfada que yo te aventaje en aquello que tanto has descuidado? –Es que esto que quieres es algo extraordinario y desacostumbrado. –Me alegro que lo reconozcas; pero ¿quién te impide alcanzarlo? En lugar de monteros, músicos y cómicos, rodéate de personas sensatas. Nadie mejor que tú puede procurarse más libros, maestros y el tiempo necesario para estudiar. Empieza, pues, y cede a tu razón parte del tiempo que te sobra y desperdicias. Escoge, y si todavía quieres entregarte a las cosas puramente exteriores, es indudable que llegarás a poseer muebles más preciosos y más raros que otros; pero tu pobre inteligencia, así abandonada, no pasará de ser un mueble más”<sup>10</sup>.

“18. Un médico visita a un enfermo y le dice: “como tienes calentura, abstente de tomar alimento alguno y no bebas sino agua”. El enfermo obedece al pie de la letra sus palabras, le paga y aun queda agradecido. En cambio, cuando un filósofo dice a un ignorante: “tus deseos son inmoderados; tus temores bajos y serviles, y tus opiniones, falsas”, se enfurece y se aparta de él asegurando que ha sido insultado. ¿De qué puede provenir esta diferencia? Sencillamente, de que el enfermo siente su mal y el ignorante no siente el suyo”<sup>11</sup>.

8. La importancia de la honradez para alcanzar la felicidad se refleja en el pensamiento de Epicteto, así como su falta de confianza en los magistrados de su época:

“12. Aquel que se entrega en cuerpo y alma a cualquier cosa que sea, es normal que lleve ventaja al que no se preocupa de ella. Unos se afanan toda su vida en crecer a costa de acumular riquezas; desde que se levantan no piensan sino en cómo podrán ganar a algún servidor estimado o a algún favorito del monarca; para ello se arrastran a sus pies y les colman de regalos. Además, en sus plegarias y sacrificios tan solo piden a los dioses que les concedan el don de caerles en gracia. Por las noches hacen el siguiente examen de conciencia: ¿qué he hecho hoy? ¿He olvidado algo de lo que debía? ¿Descuidé alguna lisonja que hubiese agregado? ¿Se me escapó quizás, imprudentemente, alguna verdad que pudo desagradarle? ¿He dejado de aplaudir alguno de sus defectos, de alabar alguna de sus injusticias o de dar mi aprobación a las malas acciones que ha cometido? Y si por casualidad ha salido de su boca una palabra digna de un hombre honrado y libre, se recrimina, se arrepiente y se considera perdido. Así es como obra para medrar y para amontonar riquezas.

Mientras que tú no halagas a nadie, ni a nadie adulas; cultivas tu alma, te afanas por adquirir conocimientos sabios, y tu examen de conciencia es poco más o menos este: ¿he descuidado algo –te dices– de lo que contribuye a la verdadera felicidad y es al mismo tiempo grato a los dioses? ¿He faltado a la amistad, a mis semejantes o a la justicia? ¿He dejado de cumplir con mi deber de hombre honrado? Con deseos tan opuestos, con sentimientos tan contrarios, con una intención y norma tan distinta, ¿podrás apenarte por no igualar a aquellos que tienen bienes y fortuna? Porque, por tu parte, no dudes que lo menos que les inspiras a ellos es envidia. Y esto porque ellos, sumidos en la ceguera y en la ignorancia, creen firmemente gozar de los verdaderos

<sup>10</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el propio perfeccionamiento, 10.

<sup>11</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre la filosofía y los filósofos, 18.

bienes, y de que tú no estás suficientemente iluminado ni tienes suficiente firmeza en tus principios para ver y conocer que toda la felicidad está de tu parte”<sup>12</sup>.

“25. Procura reunir en ti diversas cualidades, y a cada una de ellas exige el cumplimiento de determinados deberes. Desde luego, eres hombre, ciudadano del mundo, hijo de los dioses y hermano de todos los demás humanos. Además de todo esto puedes ser senador o desempeñar algún otro cargo, ser joven o viejo, padre, hijo o esposo. Pues bien: medita detenidamente en lo que cada uno de estos títulos te obliga y procura no deshonorar ninguno”<sup>13</sup>.

“51. ¿Qué hace el viajero prudente cuando oye decir que los caminos por donde tiene que pasar están infestados de bandidos? Evita continuar solo su viaje y se agrega a la comitiva de algún embajador, cuestor o procónsul; y gracias a esta precaución llega sin contratiempo al término de su viaje. Pues bien: lo mismo hace el sabio en el camino tan peligroso de la vida. Hállase éste infestado de bandidaje, de tiranía, de ambiciones, de ruinas y calamidades. ¿Cómo no ha de sucumbir el que lo recorra si se abandona a sí mismo? ¿Se arrimará, pues, a un magistrado, a un cónsul o a un pretor? ¡Infeliz si tal hiciese, que estos son los peores enemigos! Se une a compañeros seguros, fieles, incapaces de dejarse sorprender; y estos compañeros son los dioses. A ellos, pues, se junta; y caminando con ellos pasa felizmente a través de todos los escollos de esta vida”<sup>14</sup>.

“3. Para amar es preciso colocar al mismo nivel la utilidad, la santidad, la honradez, la patria, los padres, los amigos y la justicia. Si se separan estas cosas ya no es posible la amistad, porque donde domina el yo y lo mío, domina el animal, no la razón inteligente. Si el yo, es decir, lo mío, o sea, mi interés, está de acuerdo con la honestidad y la justicia, soy buen amigo, buen hijo, buen padre y buen esposo; pero si en un lado está mi interés y en otro aquellas virtudes, entonces adiós amistad y adiós todos los deberes más santos e indispensables”<sup>15</sup>.

“1. ¿De quién es esta medalla? ¿De Trajano? La acepto y la conservo. ¿De Nerón? La rechazo y la maldigo. Haz lo propio con los hombres, según sean buenos o malos. ¿Qué es este? Es un hombre amable, sociable, bienhechor, paciente y amigo de sus semejantes. Pues le acepto y hago de él mi conciudadano, mi vecino, mi amigo, mi compañero, mi huésped. Y este otro, ¿qué es? Este tiene algo de Nerón; es colérico, malvado, implacable, no perdona jamás. Entonces le rechazo. ¿Por qué me has dicho que era un hombre? Un hombre colérico, vengativo y violento no es tal hombre; como una manzana de cera no es tal manzana; tiene de ella la forma y el color, pero nada más”<sup>16</sup>.

9. Epicteto critica al tirano, incapaz de arrebatarse la verdadera libertad humana:

“21. Soy dueño de todo, todo lo puedo, —me dijo un tirano. — ¿Lo crees de veras? ¿Y qué es lo que puedes? ¿Puedes, acaso, darte buen juicio? ¿Puedes quitarme a mí mi libre

<sup>12</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el propio perfeccionamiento, 12.

<sup>13</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el propio perfeccionamiento, 25.

<sup>14</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el propio perfeccionamiento, 51.

<sup>15</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre la amistad, 3.

<sup>16</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre el libre albedrío, 1.

albedrío? ¿Qué puedes, pues? Dilo; cuando te hallas dentro de un barco, ¿no estás a merced del piloto? Cuando vas en un carro, ¿no dependes del auriga? –Pero todos ellos me rinden homenaje. –¿Te lo hacen acaso por tu personalidad como hombre? Cítame un solo caso de que te hayan estimado por tal, de que hayan querido imitarte, de que fuese su gusto ser discípulos tuyos, como muchos lo deseaban ser de Sócrates. –En todo caso, su vida, como la tuya, está en mis manos. –Ahora dices bien; pero ello no hace sino convencerme de que es preciso rendirte homenaje como a las divinidades nocivas y ofrecerte sacrificios como a la fiebre, que también tiene altar en Roma. Y en verdad que aún más lo mereces tú, pues eres infinitamente más malvado y nocivo que ella. Pero a mí no me amedrenta ni tu pompa ni tu poderío como amedrenta y turba al populacho. Sólo yo mismo soy capaz, si abandono la virtud, de causarme espanto. De modo que, por mucho que me amenaces, no conseguirás turbar ni perturbar mi libertad. –¿Cómo! ¿Tú libre? –Sí, me ha libertado la Divinidad y no pienses ni remotamente que ella consintiese que uno de sus hijos pudiera estar bajo tu yugo. Hagas lo que hagas conmigo, lo más que llegarás será a ser dueño de un cadáver; pero sobre mí, sobre mí no tienes ni tendrás nunca poderío.

22. No enseñan los filósofos, al decir que el hombre es libre, a que desprecien la autoridad del emperador. Ningún filósofo ha enseñado jamás a rebelarse contra su soberano ni a negar a su poder cuanto le es debido. En lo que a mí atañe, mi cuerpo, mis bienes, mi reputación y mi familia en sus manos están, y si alguna vez enseñó a los demás a retener estas cosas contra su voluntad, que se me condene a muerte. Pero no, no es esto lo que yo predico a quienes quieren escucharme: yo lo único que les enseñé es la conservación de su pensamiento, que este sí, este es libre, enteramente libre, porque la Divinidad quiso hacerles dueños exclusivos de él<sup>17</sup>.

10. Marco Aurelio propone acomodarse en el obrar a lo que exige nuestra propia naturaleza:

“16. No está el mérito en vegetar como las plantas, ni respirar como los animales domésticos o salvajes, ni tener la imaginación pendiente de las impresiones de los sentidos, ni estar sujeto como un muñeco a los impulsos de las pasiones, ni agruparse, ni tomar los alimentos, función esta del mismo orden que la de operar la excreción de la comida. ¿Qué es lo que hace, pues, apreciable al hombre? ¿Acaso las calurosas ovaciones? No; ni tampoco las aclamaciones, puesto que las alabanzas que prodiga la multitud solo es un murmullo de voces. Apartémonos, pues, de esta gloria despreciable. ¿Queda algo, entonces, que pueda realizar la dignidad del hombre? Lo único, a mi parecer, es adaptar la conducta de cada uno a la organización interior de su ser, haciendo de esto el único objeto, como si se tratara del estudio y de las artes. En efecto, todo arte tiende a concordar las cosas con el objeto para que han sido hechas. Así proceden el jardinero, el viñador, el domador de un potro y el adiestrador de un perro. He aquí, pues, lo que hace al hombre verdaderamente digno de aprecio; si llegas a conseguir esta perfección, los demás objetos te parecerán indiferentes. ¿Acaso podrás luego dar importancia a otras cosas? ¿No serás libre nunca, ni capaz de bastarte a ti mismo, ni estarás exento de perturbación? Sin duda tendrás envidia, celos y sospechas de los que pudieran arrebatarte estos bienes imaginarios; y quizá también tiendas lazos a los que poseen lo que en tanta estima tienes. Luego es imposible que con semejantes deseos no te halles perturbado y no protestes, incluso, en contra de los dioses. Si, por el

<sup>17</sup> Epicteto, *Máximas*, Sobre la libertad y las esclavitudes, 21-22.

contrario, respetas y honras tu alma, estarás siempre contento de ti mismo, en buena inteligencia con los hombres y de acuerdo con los dioses; sí, los bendecirás por todo lo que te envían y por todo lo que te han destinado”<sup>18</sup>.

#### 11. Marco Aurelio elogia en Antonino Pío las virtudes que debe poseer el emperador:

“30. No abuses del título de César, ni te dejes corromper; desgracias éstas harto frecuentes. Procura, pues, ser siempre sencillo, bueno, formal, serio, justo, religioso, bondadoso, afable y constante en la práctica de tus deberes. Acrecienta tus esfuerzos con el fin de que permanezca tal como te ha formado la filosofía. Venera a los dioses y respeta a los hombres. La vida es corta: la única ventaja que nos proporciona la existencia en este mundo es la de poseer la virtud en el corazón y obrar por el bien de la sociedad.

Muéstrate en todo cual verdadero discípulo de Antonino. Imita su constancia, haciendo únicamente lo que se halla de acuerdo con la razón, la uniformidad de su carácter en todas las circunstancias, su piedad, la serenidad de su rostro, su mansedumbre, su aversión por la vanagloria y la solicitud con que llevaba a cabo todos sus negocios. Antonino no dejaba pasar absolutamente nada sin haberlo visto antes a fondo y haber concebido una idea clara. Soportaba con paciencia los reproches injustos que se le hacían y jamás contestaba con otros reproches. No obraba nunca precipitadamente, ni escuchaba la delación, y se enteraba de las costumbres y las acciones de todos con minucioso cuidado. La insolencia, la timidez, la desconfianza y la pedantería se hallaban desterrados de su persona. ¡Con cuán poco se contentaba! Ve, si no, sus habitaciones, su cama, sus vestidos, su mesa y sus criados. Ten presente, asimismo, su actividad y su constancia en el trabajo; gracias al régimen sencillo que llevaba, podía permanecer en el mismo sitio hasta la noche sin molestarse ni aun para las necesidades naturales, aparte de las horas que la costumbre le había fijado. Siempre era constante en sus amistades y de ningún modo se ofendía cuando le contradecían libremente sus opiniones; si le proponían una idea mejor que la suya, la adoptaba con satisfacción. Ten presente, por último, su piedad sólida y exenta de superstición, y obra de modo que tu hora última te sorprenda sin remordimientos y con los mismos sentimientos que él”<sup>19</sup>.

#### 12. Sociabilidad y cosmopolitismo en Marco Aurelio:

“7. El ser, en general, se encuentra satisfecho cuando lleva a cabo las funciones que le están encomendadas. Luego para que el ser razonable lleve bien a cabo sus funciones, es preciso que no admita en su criterio incertidumbres ni falsedades; que dirija únicamente sus esfuerzos hacia un fin útil a la sociedad; que no manifieste ni deseos ni temores, salvo en lo que dependa de nosotros mismos, y que acepte fríamente la suerte que le haya sido asignada en la Naturaleza de la cual forma parte, como la hoja lo forma también de la planta. En cuanto a esto, hay, sin embargo, una diferencia: porque la hoja forma parte de un ser desprovisto de sentimiento y de razón y expuesto a sufrir múltiples violencias, en tanto que el ser humano depende de una naturaleza que no admite sujeciones, que en ella todo es inteligencia, todo es justicia, y que distribuye a cada individuo, equitativamente y según el puesto que ocupa en la sociedad, una parte de duración, de materia, de razón, de fuerza y de accidentes. Sin embargo, has de tener en cuenta que no hallarás esta distribución equitativa comparando un individuo con otro, sino que habrás

<sup>18</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, Libro VI, 16.

<sup>19</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, Libro VI, 30.

de comparar toda una especie con el conjunto de otra. (...) 26. No hay nada que colme tanto de alegría al hombre como el comportarse de acuerdo con la naturaleza humana. Luego es propio en el hombre amar a sus semejantes, despreciar todo lo que afecta a los sentidos, distinguir lo falso de lo verdadero, observar cuidadosamente la naturaleza universal y acatar todos los acontecimientos que las leyes nos aporten”<sup>20</sup>.

“9. Lo mismo ocurre con todo ser que participe en común de la naturaleza inteligente. Se dirige hacia aquello que es de su especie. Cuanto más un ser es superior a los demás, mayor tendencia siente a unirse y asociarse íntimamente con su semejante. Así, entre los seres irracionales existen sociedades formadas por un cierto amor, enjambres de abejas, manadas, bandadas de pájaros, porque estos seres poseen una misma especie de alma. Pero esta propensión a unirse en sociedad es, principalmente, privilegio del ser superior y no se encuentra en el mismo grado en la planta, en la piedra o en la madera. Los seres racionales se constituyen en gobiernos, forman familias, amistades, asambleas. Hasta en los tiempos de guerra, pactan capitulaciones y treguas. En fin, entre los seres todavía más perfectos reina, a pesar de la distancia que los separa, cierta unión, como, por ejemplo, entre los astros. Por muy alejados que estén los unos de los otros, experimentan, en virtud de su misma perfección, una recíproca simpatía. Considera ahora lo que actualmente ocurre. Los seres racionales son los únicos que han olvidado esta mutua afección, esta concordia y atracción común. Ya no se ven ejemplos. Mas los hombres pueden procurar huir; pero la Naturaleza, más fuerte que ellos, los alcanza y los detiene. Si observas bien de cerca, verás la verdad de lo que te digo. Sería más fácil encontrar un cuerpo terrestre separado de la Tierra que hallar a un hombre que haya roto toda relación con la Humanidad”<sup>21</sup>.

“21. Aquel que en la vida no tiene un solo y mismo fin, no sabrá tampoco ser un solo y mismo hombre. Esto no será suficiente si no añades cuál debe ser ese fin. Puesto que todos los hombres no piensan lo mismo sobre lo que el vulgo considera como bienes, sino únicamente sobre ciertos bienes, quiero decir sobre los bienes que lo son en efecto para toda la sociedad, se deduce que no debe uno proponerse más fin que el bien de la Humanidad y el de sus conciudadanos. Dirigiendo todos los esfuerzos hacia ese fin es como uno armonizará todas sus acciones, y, por consiguiente, será uno siempre el mismo”<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, Libro VIII, 7 y 26.

<sup>21</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, Libro IX, 9.

<sup>22</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, Libro XI, 21.